

EL ÁRBOL GENEROSO (Shel Silverstein)

...Era una vez, cerca de un río, un árbol que quería a un niño. El niño solía ir a visitarlo: trepaba al tronco, se balanceaba en las ramas, comía sus frutos y después descansaba a su sombra. Tras una larga relación de amistad, el niño se alejó dejando al árbol solo durante mucho tiempo. Hasta que un día el árbol divisó, de lejos, que se acercaba la figura del pequeño que había conocido.

Rebosante de alegría, dijo: -“Ven, amigo mío, súbete a mi tronco, balancéate en mis ramas, come mis frutos, descansa a mi sombra y quédate conmigo”.

El niño, que ya se había hecho un joven, le respondió: -“Ya no soy un niño para jugar. Ahora he crecido y necesito dinero porque quiero comprarme muchas cosas.”

-“Lo siento –deploró el árbol- pero no puedo contentarte porque no tengo dinero. No obstante, si quieres, puedes trepar a mi tronco, subir a las ramas y recoger mis frutos. Después de cogerlos, puedes llevarlos al mercado, venderlos y ganar el dinero que necesitas para comprarte lo que quieres.”

El joven no se lo dejó decir dos veces. Siguió la sugerencia y semi-hundido por la carga de los frutos, desapareció en el horizonte sin dejarse ver más.

El árbol permaneció solo largo tiempo. Varios años más tarde, el árbol vio que se acercaba su viejo amigo, ya adulto. Lleno de alegría le dio la bienvenida diciendo:

- "Ven, amigo mío, juega conmigo como antaño, encármate en mi tronco, acúnate en mis ramas, solázate a mi sombra y quédate conmigo."

- "No - respondió el adulto - estoy demasiado ocupado para jugar. Ahora quiero formar una familia y tener hijos, pero necesito construir una casa donde vivir."

- "Lamento - replicó el árbol - no tener una casa para ti. Mi casa es el bosque. Pero, si quieres, puedes subir a mi tronco y cortar las ramas. Con ellas podrás construirte una casa donde vivir con tu familia."

La respuesta no se hizo esperar. El adulto desapareció en el horizonte arrastrando tras de sí una montaña de ramas y no sé dejó ver más.

El árbol se quedó solo. Muchos años después, el tronco divisó a lo lejos la figura de un hombre, lo reconoció y, de nuevo, exultó de alegría.

- "Ven, amigo mío, juega conmigo. Puedes gatear por mi tronco o descansar a mis pies, pero quédate conmigo."

- "No - le interrumpió el hombre - me siento demasiado solo para quedarme aquí. Es preciso que vaya a un país lejano para encontrar la felicidad que no he encontrado aquí. Pero no tengo medios para ir demasiado lejos."

- "Me desagrada - murmuró el árbol - que no seas feliz. No sé cómo ayudarte porque ya queda poco de mí. Sí quieres, puedes cortar mi tronco, construirte una canoa y echarla al río que pasa por aquí cerca para emprender tu viaje hacia la tierra que te dará felicidad."

El hombre no se acababa de creer que hubiera encontrado una solución a su sueño. Se puso a trabajar, construyó la canoa e inició su viaje de esperanza. Lo que había quedado del árbol quedó solo durante muchos y largos años. Hasta que un buen día vio que se acercaba lentamente un anciano que tenía el semblante del niño de antaño.

Con la voz triste el tocón susurró:

- "Lo siento, amigo mío, pero ya no me queda nada para darte. Ya no tengo frutos con los que alimentarte, no tengo el tronco para que te encarames a él, soy sólo un tocón, y ya no sirvo para nada."

- "Te lo agradezco - respondió el anciano - pero ahora ya no necesito nada. Sólo busco un lugar donde sentarme y descansar."

- "En este caso - accedió el tocón - siéntate si quieres y quédate conmigo."

ME PREGUNTO

¿Darlo todo es posible?

¿Es posible dar todo y seguir vivo?

¿Soy el niño o el árbol?

¿Y las raíces? ¿Todavía podía volver a renacer?

Si soy el árbol ¿quién es el niño en nuestra vida?

